

PRIMERA ASCENSION

AL

Nevado Colorado de Famatina

(6150 m.)

(PROVINCIA DE LA RIOJA)

POR

RODOLFO HAUTHAL

Encargado de la Sección Geológica y Mineralógica

Primera ascension al Nevado Colorado de Famatina (6150 m.)

(PROVINCIA DE LA RIOJA)

POR

RODOLFO HAUTHAL

Encargado de la Seccion Geológica y Mineralógica del Museo

¿Por qué me atraen continuamente las regiones de hielo y nieve eterna de la Cordillera? ¿Por qué me impulsan con fuerza mágica á trepar los picos más altos de este sublime sistema montañoso?

Podría contestar de muy diferentes modos esta pregunta, y sin embargo ninguna respuesta me satisface; ¿por qué? por que los últimos motivos de nuestras acciones nos son desconocidos. En primer lugar, asciendo las montañas como geólogo; los procedimientos y las fuerzas que han formado el relieve de la superficie terrestre, pueden estudiarse solo donde dejaron rastros más visibles, es decir, en las montañas.

Muchos son los problemas que nos ofrece la formacion de las montañas, y solamente pocos han encontrado una solucion satisfactoria; es pues un verdadero placer contribuir modestamente á levantar el velo con que la naturaleza oculta sus obras. Duro es el trabajo, pero, qué hermoso es el premio!

Ésta es una contestacion, pero esta toma en cuenta solo la razon bien fundada de sus motivos y propósitos, y por eso no satisface, pues en el «Sport montañoso», si me es permitido llamarlo así, el alma que todo lo siente y en la en que lo inconsciente juega un rol importante, se destaca con mayor fuerza y lucidez.

Hablo solo de los pocos que con su propio esfuerzo suben los cerros, y no de los tímidos que usan mulas y guías.

Guido Lammer, uno de los alpinistas más entusiastas y más atrevidos, dijo una vez que trepamos porque combatiendo queremos vencer los elementos.

Pero, ¿por qué aceptamos de buena gana todos los sufrimientos que esta lucha nos produce; por qué combatimos con tanto esfuerzo para obtener la victoria? Porque, como el mismo Guido Lammer lo dice: «Nosotros no descamos tanto aprender á

conocer las montañas como á nosotros mismos y el tesoro inmenso de sentimientos y particularidades de nuestro carácter, que de otro modo, sin ser conocidos y aprovechados, se esterilizan en nuestra alma. Allí encima, donde actúan los elementos desenfrenados, nacen sensaciones fuertes, desconocidas, vehementes; allí los sufrimientos nos atacan y agitan los nervios con violencia tremenda.

Buscamos este amalgama agri-dulce, en estas impresiones múltiples de la naturaleza con sus millares de penas y peligros; buscamos la conciencia de que todas estas sublimes impresiones son nuestras por medio de constante y dura labor. Entonces sentimientos siempre nuevos, muy complicados, penetran en nuestra alma.

Cuando la tormenta desencadenada atraviesa la montaña rugiendo y silbando, y recorre los mares y planicies de nieve y de hielo, empujando delante de sí nubes de fina nieve; cuando los elementos desenfrenados celebran en goce ruidoso su tálamo nupcial y procuran arrojar al temerario intruso de las puras alturas á las profundidades oscuras, entonces este trata, aplicando todas sus fuerzas físicas y morales, de aceptar y sostener la lucha. Entonces, el cuerpo fatigado debe ceder al imperio de la voluntad para hacer nuevos esfuerzos y desplegar nueva actividad.

Pesada y grande es la lucha, pero grande es la recompensa. Cuando el pié busca por medio del tacto en la pendiente escarpada un sostén pequeñísimo, de una pulgada apénas; cuando la mano experta busca un apoyo en las piedras y así el cuerpo abrazando la roca lentamente, se estira y se hiergue hácia arriba; cuando despues de largos minutos penosos las manos cogen el último reborde y hacen llegar el cuerpo al pináculo, entónces un sentimiento de alegría indecible, de fuerza y goce vitales, hace temblar de satisfaccion el alma del vencedor; lo que en estos momentos sucede en lo más íntimo del luchador con fuerza sorprendente es la *afirmacion grandiosa de la vida!*

Pero no sería más que ésto? No, hay todavía otro motivo más ético, que nos empuja continuamente á sostener la lucha con los elementos.

Estos grandes desiertos de hielo y rocas, ofrecen un encanto especial. Con austera castidad la naturaleza sublime procura sustraer sus hermosuras maravillosas á la vista profana, pero el que asciende estas alturas desoladas con corazon entusiasta, y busca penetrar en estas regiones de soledad, sin arredrarse y con labor esforzado, le revela un imperio nuevo y especial de vida y belleza. Vida no solamente física sino tambien espiritual.

Alejado allá de todas las miserias de la existencia, donde frente á la grandiosa naturaleza todo lo humano aparece infinitamente pequeño y nulo, donde la materia toma formas estupendas, también el espíritu se despeja para una vida más intensa y más viva!

¿Qué es entonces lo que siente allá el alma pensativa, que aunque no con conocimiento exacto, sino como un presentimiento misterioso, se levanta de las profundidades de un caos psicológico? No puedo expresarlo con palabras exactas; solo puedo reproducir balbuceando lo que pasa por mi alma como una vibración: es una sensación pura, un sentimiento, por decir así, inmediato de lo infinito, eterno, de lo divino! Las catedrales de nieve son para mí iglesias sublimes, lugares santos! En ellas se abre un imperio de belleza. De una belleza austera y áspera, pero majestuosa! cuyo casto esplendor virginal obra purificando; de cuyos cuadros sublimes queda impresionado de modo inolvidable el espectador atónito.

Es verdad que hay en eso una gran parte de sensación inconsciente; pero es esto lo que hace la vida tan preciosa, que nos levanta de las oscuras profundidades del inconsciente, por medio de la labor á la luz clara del conocimiento; es esto lo que presta á la ascension de montañas ese encanto mágico que en los cerros mucho más que en otra parte, nos hace aprender á conocer nuestro propio ser!

Eso es lo que me hizo subir antes los picos de los Alpes y ahora los de los Andes. Para gozar de nuevo de esta fuente inagotable de placeres puros y sublimes que brotan en las regiones de la nieve eterna, me dirigí el 20 de Mayo al Famatina. El Famatina forma una cadena de montañas, muy antigua (mucho más antigua que la joven cordillera), que se dirige de Norte á Sud con pequeña variación al Sud-Este, cuya cumbre principal con declive escarpado hácia el Oeste, tiene varias cimas coronadas de nieve, de una altura de más de 6.000 metros. El más septentrional de esta serie brillante de soberbios nevados lleva el nombre de «Negro Overo». Por su posición expuesta, colocado aislado hácia el Norte, se le puede ver de lejos; lo tomé como el pico más alto y me decidí ascenderlo.

Este magnífico Famatina atrac desde siglos atrás por sus ricas minas. Son minas en cobre, plata y oro. La región minera se divide en seis diferentes distritos mineros que también se distinguen materialmente por la diferente naturaleza de sus vetas de mineral. Las minas son muy interesantes por una parte, á causa de los minerales raros que contienen, y

por otra por su posición elevada. La mina más baja, la del Cerro Negro, tiene una altura de 2.500 metros; la más alta es el Espino, Distrito de la Mejicana y está situada á 4.800 metros sobre el nivel del mar.

Son parajes completamente inhabitables. Las rocas son estériles; solo en los valles, hasta una altura de 4.200 metros sobre el mar, existe un poco de vegetación. Más arriba la vida orgánica, con excepción de unos pocos líquenes, ha concluido; *el dominio de la materia inorgánica se extiende con majestad imponente*. Gigantescos derrumbes se escapan de las cumbres y picos nevados hasta llegar á los valles. Las aguas debidas al derretimiento del hielo se pierden en estas masas de piedras y aparecen solamente mucho más abajo, de modo que los mineros están obligados en las minas á derretir el hielo y la nieve para tener el agua necesaria.

Habia pasado algunos días en las minas, para acostumbrar mis pulmones al aire rarificado, y para esperar que el tiempo mejorase. El 20 de Mayo amaneció muy hermoso, casi sin viento y determiné ensayar la ascension del pico más alto.

A las 7 de la mañana, salí acompañado por el minero Francisco Castro, de la mina Upulungos (Distrito la Mejicana), vestido lo más livianamente posible, con el más indispensable bagaje: un martillo, una bolsa con un poco de pan, chocolate y asado, una pequeña botella de vino y el pico. Hace frío en aquellas regiones, y el que no ha acostumbrado su cuerpo á soportarlo, que no vaya allí. Aquel que tiene que ir cargado de ropa no ascenderá jamás alturas importantes.

Subimos pues, siguiendo la cuchilla del Espino, que desde las minas de la Mejicana lleva al principio en dirección meridional y despues oriental á la cumbre.

Era un día hermoso; el sol brillaba en el cielo oscuro azul y el enemigo principal, el viento, que hace dos años me dió tanto trabajo en el Anconquija, dormitaba ese día; solo se hizo sentir un viento suave.

Despues de una marcha de tres horas, subiendo la cuchilla que se levanta gradualmente, en la que de tiempo en tiempo presentáronse campos de nieve, alcanzamos la extremidad de la misma y nos encontramos en el borde oriental de una altiplanicie de cerca de 5.500 metros de altura, la que, cubierta de nieve y hielo, se extiende al Oeste, destacándose de ella varias cuchillas excarpadas hacia el Norte.

Tomé el Negro Overo, que se llama también Overo Oscuro, por la cima más alta y me dirigí hácia un portezuelo que se

encuentra en la cuchilla en direccion Sud, á dos horas del Negro Overo, suponiendo que la altiplanicie se extendiese hasta el pié de la misma.

Despues de un descanso de media hora (nos encontramos en una altura de 5.500 metros y principi6 á hacerse sentir con fuerza la puna), continuamos nuestra marcha siguiendo lo mas próximo posible el borde septentrional de la altiplanicie. No hubo dificultades; solamente el atravesar los campos de hielo era algo fatigoso y debia hacerse con mucha cautela.

Así marchamos como dos horas, casi en direccion occidental. La altiplanicie se elevaba algo más y cuando alcanzamos el punto culminante se nos presentó una sorpresa imprevista.

Una quebrada profunda nos separaba de la cuchilla, corriendo en la direccion de Norte-Sud, en cuyo fin Norte se eleva el Negro Overo. Un poco al Sud de nuestra parada la cuchilla se dirige algo hácia el Sud-Este y tras una série de cimas cubiertas de nieve, se levantó la forma gigantesca de una catedral de nieve, que mi compañero llamó Nevado de Famatina, llamado tambien Nevado Colorado (á causa del color rojizo del granito que lo forma). Dirigiendo una mirada y comparando la série soberbia de las cimas nevadas delante de mí, noté que este Nevado de Famatina, era la altura mas grande de todo el sistema montañoso de ese nombre, y por lo tanto decidí emprender su ascension. La altiplanicie á cuyo borde occidental estaba, formaba solo el pedestal sobre el cual á la altura de 6 á 700 metros se levanta el Nevado de Famatina, el punto más central de toda la sierra.

Por la falda Norte se baja á aquella quebrada profunda, á cuyo borde occidental se extiende la ya mencionada cuchilla, que gira de Norte á Sud. Una capa de nieve y hielo de nitida pureza cubre completamente la falda Norte, de la cual debe haberse extendido antes hácia el Norte un ventisquero poderoso, á juzgar por las grandes morainas laterales que se ven allí. Ahora no existe ya ventisquero verdadero; las capas de hielo que he encontrado no muestran la estructura característica del hielo de ventisqueros, y se parecen, con sus capas distintamente perceptibles, alternativamente claras como agua y blancas con vesículas llenas de aire, exactamente á aquel hielo que forma la nieve penitente, tan característica y curiosa. Es una modificación del hielo, que hasta entonces habia encontrado solamente en las cimas elevadas en esta region seca (tambien en el Aconquija) y que exige un estudio especial. La ascension de esta cima principal, desde aquel lado Norte escarpado y con su coraza

de hielo es difícil y fatigosa, pues hay que operar sobre el hielo y en esta altura, donde la puna hace imposible los trabajos continuos corporales, no puede hacerse aquella por un solo individuo. Sin embargo, debí afrontar la tarea.

Mi compañero, que hacia dos horas sufría de la puna, estaba completamente extenuado á mi lado y no podía continuar el viaje. Traté de estimularlo de todas maneras; le representé la gloria de haber alcanzado la cima principal; le ofrecí una considerable cantidad de dinero como recompensa, pero todo fué en vano, le era imposible. Su pecho se agitaba vehementemente, se quejaba de palpitations del corazon, dolores de cabeza intensos, mareos, dolores en las rodillas y lasitud general; le di todo lo que me quedaba de viveres, y permanecí todavía unos veinte minutos con él, hasta que hubo recuperado en parte sus fuerzas para poder hacer solo el descenso, mucho más fácil, á las minas. Entonces puse dos pedacitos de chocolate en el bolsillo y me diriji hácia el Sud á una cima antepuesta al Este á la cima principal, la menos escarpada, cubierta con menos nieve y que presentaba un ascenso más fácil. Esperé alcanzar desde ella la cima principal tomando la cuchilla con direccion Oeste. No ofreció dificultades propiamente dichas, aunque me produjo cansancio. El granito fragmentado cubria la pendiente en masas sueltas, las que á cada paso rodaban, labor dura para piés y rodillas. Respiré con satisfacion despues de haber alcanzado en este mar de ruinas algunos peñascos salientes del granito firme y tuve por lo menos lugar para descansar el cuerpo fatigado. La puna se hizo sentir más y más; parecia que los pulmones solos no bastasen para llevar á la sangre el oxígeno necesario; y la superficie completa del cuerpo pugnaba por introducir con avidez el aire por todos sus poros; hacia frio, pero sin embargo me quité el saco y abrí la camisa para poner mi pecho en contacto con el aire libre. Me hizo bien esto, pues los pulmones trabajaron con mayor facilidad.

Pensaba involuntariamente en Guesfeldt quien, cuando su ensayo del ascenso del Aconcagua, se envolvió en tantas ropas, que, como él mismo dice jocosamente, se parecia á un depósito de vestidos, y no puedo dejar de pensar que esta circunstancia motivó el mal éxito de su empresa.

A aquel malestar se agregó un dolor de cabeza agudo, que cesó cuando me extendí por todo lo largo en el suelo, posición que además me causó gran alivio y una sensación particular en las articulaciones de las piernas que ya habia

observado en el Rincon (5600 m.) y el Anconquiya (5500) se presentó tambien por esta vez. Parecía que las articulaciones querian separarse; no tenia más el paso firme y debía caminar con toda precaucion. Los pulmones se agitaban violentemente primero, convulsivamente á breves intervalos con respiraciones cortas, despues por segundos y mucho mas despacio; luego la accion del corazon experimentó fenómeno igual. Principalmente al pararme, lo que hice de 20 á 30 pasos pude observar esto distintamente. Habia llegado el momento en que el cuerpo parece sucumbir á los esfuerzos, pero donde la voluntad enérgica lo reanima continuamente para nueva accion. A menudo, despues de haber alcanzado un peñasco ó roca escarpada ó pasado un derrumbre de piedras móviles caía exhausto y me preguntaba. ¿Alcanzaré hasta el fin? Pero apenas por un minuto la duda se apoderó de mí; debía subir, pues lo queria!

Despues de dos largas horas de marcha habia ascendido la cima.—Me extendí para descansar algunos minutos, pues todavía me esperaba una dura labor. La cuchilla, que en direccion occidental conduce á la cima principal tenia unos 500 metros de largo y como 100 m. de mayor altura que el punto donde me hallaba, distancia que se podia alcanzar con toda comodidad en veinte minutos bajo condiciones ordinarias en alturas de 3 á 4000 m., pero me encontraba á una altura de más de 6000 metros. La cuchilla, en muchas partes muy delgada como un hilo, estaba cubierta con una capa de hielo y nieve recién caída de 5 centímetros de espesor sobre el hielo. Hice un esfuerzo y principié el corto pero excitante viaje.

Con el pico, sacando la nieve cautelosamente donde era menester (la cuchilla era muy escarpada parcialmente, cortando estribos en la fuerte capa de hielo, me acerqué lentamente á la cima deseada. Por cierto, la situacion era difícil pero no muy peligrosa, debido esto al viento débil que me permitia adelantar sin tumbarme.

Creo que será imposible pasar esta cuchilla cuando el viento es muy fuerte. Una tempestad con sus ráfagas, como la que sobre el Anconquiya, mucho más fácil á ascender, me obligó á acostarme y á adelantar arrastrándome, aquí sobre esta cuchilla, mucho mas resbaladiza y escarpada, donde las manos, buscando en vano un sostén tienen que hacerlo para los piés por medio del pico, sería fatal.

Era aquel el lugar más difícil que hasta entonces habia encontrado en mis excursiones en las montañas argentinas. Allí hubo algo de este sentimiento picante que agarra y ataca los

nervios, que pasa por el cuerpo como un relámpago de mil modos, sensación para la que no tengo palabra y que se necesita haberse experimentado ó sentido; era entonces uno de estos casos, donde á pesar de lo espantoso y terrible, tuve que medir y calcular con la mayor sangre fría cada movimiento de las manos y de los piés; situación que obligaba á concentrar toda la fuerza del espíritu y del cuerpo al fin de alcanzar la otra extremidad de la cuchilla.

Después de largos y angustiosos minutos, que parecían eternos, me eché finalmente al pié de la última cima. No pude descansar mucho tiempo. Me había tomado media hora de labor fuerte la pasada de la cuchilla, y mi cuerpo se hallaba fatigado; además de la dificultad de la respiración, que aumentaba un dolor de cabeza se hizo ante todo siempre más intenso, pero hubiese sido una vergüenza retroceder tan cerca del fin y debía continuar. La voluntad inflexible hizo posible lo que parecía imposible y después de media hora de desfallecimientos de esfuerzos nerviosos y de ascensiones violentas sobre la última falda escarpada y cubierta de nieve (no había más rocas), al fin la victoria con tanta lucha obtenida era mía, y llegué arriba!

Me dejé caer, gritando de alegría y lleno de júbilo por mi victoria. Estaba sobre la extremidad aguda! 6150 metros sobre el mar. Sólo, en esta altura tremenda, observé allí cuadros que no habían sido vistos antes por ningún ojo humano. El cuerpo era lanzado hácia la muerte, pero el alma vivía con fuerza!

Una multitud de sentimientos y sensaciones indefinidas penetraban en mi alma. Estaba extendido, pero miraba y sentía. No me daba cuenta porque allí arriba me hallaba tan abstraído; no quería que la razón, que reflexiona, analizase y destruyese la hermosa variedad de sensaciones; por esta vez no quería más que sentir! A mis piés había un mundo. La mirada sin obstáculo, pudo percibir una gran parte de la República Argentina. Los detalles desaparecían en la altura colosal en que me encontraba, pero la pureza diáfana del aire hacen resaltar con claridad el contorno del relieve de la superficie.

Por grandes distancias se extendían en el Este y Sud las llanuras amarillas y las salinas blancas brillantes de Catamarca, La Rioja y San Juan, que parecían dilatarse hasta lo infinito. Como cercos colosales de estas llanuras aparecían las sierras pampeanas, que se extendían en la dirección de Norte-Sud; las que más hácia el Oeste se acercaban más y más, predominando lejos en el Oeste la Cordillera gigantesca, alzándose delante

de mí en una extension de 8-10 grados de latitud, donde algunos meses antes habia experimentado todas las molestias de un viaje dificil con calor y frio, con tempestades de tierra y nieve, pero donde tambien tuve ocasion de mirar todos los cuadros característicos, como solo los presenta esta Cordillera tan multiforme.

Con magnificencia majestuosa levantan sus cabezas de nieve los gigantes: Las Flechas, El Potro, con su colosal campo de nieve, los gemelos Bonete y Veladero, Gallina Muerta, Azufre, más lejos hácia el Noroeste, el grupo gigantesco de Tres Cruces (tal vez más alto que el Aconcagua) con sus vecinos no menos poderosos, El Fraile, Ojo de Losas, Incaguasi y el San Francisco tan mentado en los últimos tiempos.

Léjos en el Norte, brillaban los gigantes sin nombre, á cuyos piés habia descansado hacia dos años. Como un querido amigo brillaba lejos en el Nordeste el Aconquija de admirable forma, cubierto de nieve, cuya cima habia trepado el primero. Todo esto extendido delante de mí, los rayos del brillante sol lo iluminaban y, arriba, la bóveda del cielo oscuro azul de la Argentina, cuadro inolvidable, que impresiona fuertemente el alma!

El sol se ocultaba, habian pasado los cuatro y debia descender de esta altura sublime. Escribí en un pedazo de papel: «Rodolfo Hauthal, geólogo del Museo de La Plata estubo aquí el 20 de Mayo de 1895 á las 3 1/2 p. m.» y lo coloqué en una cajita de estaño, ocultándola en la roca que, cerca de cinco metros debajo de ella, se destacaba limpia al lado norte pues sobre la cima todo era nieve ó hielo. Di una última mirada sobre el panorama hermoso y sublime á toda comparacion y empecé el descenso molesto; el cuerpo hallábase muy sensible á los sacudimientos de todas clases, principalmente los empujes causados por los saltos causaban sensaciones muy desagradables en la cabeza y el cuerpo.

Para el descenso habia elegido una cuchilla muy escarpada que conduce directamente de la altiplanicie á un pié de la cima, á la Quebrada de las dos Hermanas. Esta cuchilla estaba cubierta con derrumbes muy movedizos de granito, los que á cada paso cedian; á menudo resbalaba con esta masa unos veinte á treinta metros conteniendo apenas con el pico movimientos demasiado ligeros.

Llegado á la extremidad me encaminé al lecho del riachuelo en la quebrada arriba mencionada, pero casi sin fuerzas, y lo que era principalmente desagradable, anocheció. Eran las seis; me encontraba en una region desconocida, y aunque sabia

la dirección de las minas de la Mejjicana para alcanzarla, debía atravesar el Espino, de unos 800 ó 1000 metros de altura.

Si no encontraba el camino que conduce de las minas de este lado del Espino al costado oriental, me debía decidir á pasar la noche al raso, pues para efectuar el ascenso sin camino de una cumbre de 800 metros, mis fuerzas no alcanzaban. Me acosté para descansar algunos minutos y tal vez habria transcurrido así unos 20 y me encontraba en una especie de somnolencia, cuando sentí grandes gritos. Salté sobre mis piés y contesté. Después de algunos minutos el capataz de la mina «Upulungas» apareció con una mula. Era una sorpresa agradable! El encargado de la mina tenía recelos por mi ausencia y habia mandado á este hombre para buscarme, pues habia dado á mi compañero, que volvió á medio dia, la dirección que tomaria al descenso. Después de algo más de una hora llegué hácia las 8 de la noche al establecimiento de la mina donde el encargado señor don Silveira Torres me esperaba con una taza de té caliente. Estaba muy cansado. Para trepar por doce horas en las montañas, arriba y abajo, se precisa una enorme actividad de los muslos, del corazón y de los pulmones. Por cuatro días sentí no solamente en los muslos sino también ante todo en el circuito de las caderas dolores, algo agudos, que por mis excursiones sobre la mula produjeron una verdadera tormenta. Pero habia que hacerlo, y bajo la amable guía de D. Salomon Erickson, quien con toda amabilidad me condujo á las minas principales, olvidé pronto las consecuencias desagradables de mi ascension sobre el Nevado de Famatina.

Desde entonces han pasado meses. Pero si en los momentos tristes que llevan consigo la vida y la actividad de la sociedad, donde domina la apariencia y la mentira, cuyos móviles son la avidez del dinero y el goce material, pienso en aquellos tiempos de actividad poderosísima y del goce más hermoso y puro, creo que de nuevo me rodea un soplo vivificador de aire montañoso fresco y siento renacer aquella multitud de sensaciones preciosas é innumerables. Olvido todos los pesares terrestres.

La Plata, Octubre de 1895.

RODOLFO HAUTHAL.
